

SI yo os digo: anoche me han asaltado, me preguntaréis todos: ¿quién? A ninguno se le ocurrirá esta pregunta: ¿qué cosa? Porque no se concibe que a un hombre que va a media noche por la calle de Guadalupe, taciturno, con anteojos, rumiando una idea nueva y con un cigarrillo agonizante en los carnosos labios desencantados, le asalte una cosa, una idea, un recuerdo, un mal pensamiento. ¿Ha de asaltarte, necesariamente un bandido? No. Yo no temo a los bandidos salteadores de las calles de Lima porque no llevo nunca más dinero que ellos.

Temo a otros salteadores, a los que nos roban el precioso tesoro de las ideas. No conozco sino una diferenciación entre el Bien y el Mal; lo Perfecto y lo Imperfecto. Todo lo que hay en un cuerpo, en un organismo, en una idea o en un sentimiento, de bello, es el Bien; todo lo que hay de imperfecto es el Mal. Por eso los más artistas son los más buenos. Los malos odian la Belleza.

El mal es poliforme. ¡Con cuántos trajes, con cuántos rostros, con cuántas cosas se disfraza! Es menester conocer el mal, saber cuáles y cuántas son sus trapacerías y los medios de que dispone, para evitarlo y vencerlo. Siempre el mal se ensaña en lo que más amamos, en lo más íntimo, en lo más bueno. Nuestro ángel tutelar nos ofrece siempre nuevas ideas, como una abuelita cariñosa nos ofrecía de niños un juguete o una fruta madura. Y allí está el mal para quitárnosla.

Yo iba anoche por la calle de Guadalupe. Desde lejos vi la tétrica torrecilla que domina la cárcel; un farol cabeceaba como zamba vieja que rezara el rosario; un policía adormilado saludaba a invisibles personajes, recostado sobre un poste. De pronto vino a mi imaginación un cuento, la idea de un fantástico cuento cuyo protagonista era un encarcelado. Recreábame ya con la idea de llegar a mi casa y ponerlo en las carillas blancas, febrilmente, con esa vehemencia con la cual cogemos un amor nuevo y soñaba, encantado, con poner la última palabra del cuento; releerlo, con esa íntima complacencia con que, después del beso, contemplamos el rostro de la mujer que nos lo ha recibido. Mas he aquí que, pasando ya por la puerta de la cárcel, y cuando trataba yo de fijar la esencia del cuadro y aprisionar los valores sugerentes, fundamentales, de mi sensación, siento que unas como patitas finas van tras de mí. Vuelvo la cara y veo un perrillo. No un perrillo negro de ojos encendidos como es menester que sean los perrillos en los cuentos fantásticos, sino un vil perro manchado de color, ni sucio ni limpio, ni trágico ni vulgar, un perro así, ordinario, adocenado, burgués, un perro sin trascendencia metafísica y sin sugerencias espirituales. En suma, lo que puede ser un perro que pasa por la calle de Guadalupe a las dos de la mañana...

Por ser tan anodino este can me interesó. No estaba famélico porque no husmeaba ni adulaba; no estaba triste porque no se dolía; no buscaba lecho porque su cola era altiva como un airón. Era un perro subjetivo, un simple especulador de la noche, que iba apaciblemente a su casa. Un perro que, sin duda, pensaba y a quien yo con mis pasos había interrumpido en sus meditaciones, era un perro despreocupado como yo de la vida de relación.

Resolví seguirle. El perrillo pareció darse cuenta de mi propósito y apuró el paso. Volvía de vez en cuando su cabecita pequeña como un puño y que, por la forma, me parecía un corazón humano, aunque por la color blanquiza y manchada dijérase un pepino. Y seguía caminando: tac tac tac tac tac tac... Llegamos sujeto y perro a la plazuela donde rodeados de jardines hay dos observatorios trascendentales y que yo motejo: «la plazuela del misterio» porque en uno de ellos se observa con telescopio el estrellado cielo y en el otro, con microscopio, el mundo celular. El perrillo llegó hasta el jardín sin rejas y empezó a embromarme. Indudablemente, decía yo, sugestionado por la hora, este perrillo tiene una cita y se obstina en que yo no me entere. Quería desorientarme. Ora se alejaba como insinuándome igual procedimiento. Ora hacíase el dormido como invitándome al sueño. Valíase de todos los métodos de que dispone un perro a las dos y media de la mañana para deshacerse de un transeúnte importuno, que no son los mismos medios de que se vale un transeúnte para deshacerse de un perro que, a la misma hora, le importuna. Los del perro son más asiáticos, más finos, más cortesanos y protocolares métodos.

En este punto mi narración flaquea y he de valerme de otros métodos expresivos porque la historia se complica. Recurriré a un método más breve:

2 y 30 de la mañana

El perro se oculta en un macizo decorativo del pequeño parque y ladra en la sombra. Por la esquina del Observatorio cae algo como una piedra. En el cielo la Cruz del Sur, radiante, se acerca a las copas de los árboles de la Alameda Grau.

2 y 35 de la mañana

El perro no sale. Hay un silencio tan grande que siento el ruido lejano de las estrellas que giran. Ensayo un método para que el perro surja. Si yo logro dar con su nombre (como el perro sabe que lo ignoro) se desconcertará al sentirse llamar. Tal me ocurriría si en este momento el perro me dijera entre la sombra: ¡Abrahaaaaaaam!

2 y 43 de la mañana

El método de llamar al perro por su nombre es de gran eficacia. Pero ¿cómo se llamará este perro? Un perro flaco... no; flaco tampoco, metido en carnes, de color manchado, ni harto ni hambriento... «¡Capitán!». ¿Se llamará «Capitán»? Nosotros teníamos en

Pisco un perro que se llamaba «Capitán». No. En estos tiempos de pangermanismo nadie le da a su perro el grado de «capitán». ¿Se llamará «Mariscal»? Lo más natural es que un perro se llame «Pipón». Pero éste es perro, por su catadura, de casa de vecindad. Un perro de casa de vecindad no puede llamarse «Pipón». Si le dijera «Capulí»... ¿«Capulí»? ¿Y si se llamara «Napoleón»? También pudiera llamarse «Tonguito» o «Leonel». «Leonel» es un bonito nombre. Parece un seudónimo de joven decente que escribiera mal... Si fuera un perro de señorita inglesa podría ensayar la palabra «Thim» o «Baby», pero el subfijo «my» es indispensable y este perro no puede tener subfijo...

¡El perro no sale! ¿Se ha marchado? ¡Boby! ¡Thim! ¡Napoleón! ¡Capitán! ¡Tonguito! ¡Mariscal!

3 y 7 de la mañana

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

3 y 12 de la mañana

La Cruz del Sur, inclinada sobre los árboles de la alameda Grau, semeja una cruz en la portada de un cementerio abandonado.

3 y 15 de la mañana

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Lo que me da la gana!

—Es que es prohibido...

—¿Es prohibido estar en una plazuela?

—Sí. Porque viene la patrulla...

—¡Qué tengo que ver yo con la patrulla! ¡Boby! ¡Napoleón! ¡Capitán!

—¿Quiénes son éstos?

—Un perro. Mi perro...

—Ésos son varios perros.

—No, señor. Es un solo perro...

—¿Un solo perro y llamas a tres?...

—¿Qué es eso de llamas? ¿Usted sabe con quién habla?

—Sí. Con un ciudadano vago.

—¡Cachaco!

—Bueno. ¡Vamos a la comisaría!

—¡Oh! ¡Vaya usted al demonio!

—¡Blanquito insolente!

—¿Blanquito yo? ¡Jajajá!...

—¡Da gracias que ya el mayor se fue a acostar!

—¡Me río en el mayor!...

4 menos un cuarto de la mañana

¡Mula! ¡Mula! ¡Putupum! ¡Pum! ¡Putupum! ¡Qué fastidio! La carreta de los muertos...

5 y 5 de la mañana

¿Dónde demonios he metido la llave?...

Y así fue como perdí el argumento de uno de mis cuentos más bellos. Anoche el Mal se había disfrazado de perro y el perro me robó mis ideas. Sin embargo cuando yo os dije anoche me han asaltado, todos me interrogásteis «¿quién?». A nadie se le ocurrió preguntarme «¿qué cosa?».